LA POSTERIDAD HA LLEGADO PARA TODOS: HISTORIA Y CONOCIMIENTO EN CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

*Ariel Rodríguez Kuri**

I. José Antonio de Alzate (1737-1799)

1. *El chayote*

Emprender un meticuloso inventario de los rasgos de la planta del chayote y su fruto homónimo fue una tarea pertinente que José Antonio de Alzate no despreció.

El chayote, "rara y admirable producción", es observado, medido y analizado en sentido estricto: se identifica el aspecto externo de la planta, la magnitud del tallo, la disposición de las hojas, la constitución de las raíces; se indican también los ambientes más favorables para el florecimiento de la planta, sus requerimientos de agua, sus ritmos de crecimiento, las temporadas y técnicas propicias para su cultivo; asimismo, se enumeran sus bondades productivas y alimenticias, y se consignan los mejores procedimientos para su preparación culinaria y para su conser-

45

* Universidad Autónoma Metropolitana (Azcapotzalco).

Ariel Rodríguez Kuri

va; finalmente no se olvidan las recomendaciones para futuras investigaciones: alguien debe investigar su composición química, pues el chayote "si se condimenta con azúcar, en pocos días pasa del estado dulce al acedo".¹

Una primera consideración: para Alzate pareciera no haber una temática prescindible, a condición de que se desprenda de la misma naturaleza. La minuciosidad analítica para con el chayote nos descubre un Alzate curioso y, sobre todo, entusiasmado.

2. *La virgen*

Don Patricio Fernández de Uribe (1742-1796), canónigo de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México y miembro de la orden de Carlos III, defendió puntualmente los milagros de las apariciones de la virgen de Zaragoza y de Guadalupe.²

46 El libro en que se compilan sus sermones y alegatos en muchos sentidos es previsible. Vale la pena considerar sin embargo que en el "Sermón de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza predicado en la Catedral de México", Fernández de Uribe decidió, antes de entrar propiamente en materia, romper algunas lanzas con la Ilustración:

¿Y hasta cuándo llegará el hombre a conocer sus cortas luces, y a confesar humildemente que las obras del Todopoderoso no se pueden medir por las engañosas reglas de la humana prudencia? ¿Hasta cuándo una orgullosa crítica se contendrá en los estrechos límites que le prescribe su limitación, sin atreverse a discurrir libremente por los anchurosos espacios del Poder divino?

Fernández de Uribe se lamentaba de que los hombres pretendieran sujetar a leyes "aquellos portentos" que no obedecían sino a la Providencia. Pero, más profundamente, no acababa de entender

¹ José Antonio Alzate, "Del chayote" en Elías Trabulse coord., *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVIII*, 1985, México, F.C.E.-Conacyt, p. 117-21.

² Francisco Pimentel, *Obras completas*, 1904, México, Tipografía económica, t. V: 394.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

porque no contentos esta clase de sabios con seguir a la naturaleza por medio de sus experimentos hasta sus más ocultos retretes [...] no satisfechos con haber inventado sistemas que dando, por decirlo así, nuevo curso a los astros, nuevo movimiento a los cielos, nueva situación a la tierra, casi han hecho mudar de semblante a todo el universo: pretendieron llevar su censura hasta los arcanos inescrutables del santuario.

La argumentación del canónigo por momentos parece claudicante. No argumenta contra la crítica en sí; en todo caso, rechaza su desmedida ambición, pues ha pretendido "llevar su censura hasta los arcanos inescrutables del santuario". A esas alturas, lo condenable en la actitud crítica no era su existencia, sino su desmesura:

Crítica desgraciada, a la par que atrevida, que pervirtiendo el espíritu en lugar de rectificarle, tropieza a cada paso con el escollo de una incredulidad irreligiosa, por herir el de una supersticiosa piedad.³

Una interpretación provisional: un religioso como Fernández de Uribe busca rescatar —o mejor aún, proteger— un ámbito específico e inabordable. No alega radicalmente contra la crítica (la razón), pretende detenerla al marcar sus límites. En todo caso, Fernández de Uribe reivindica un vértice sustentado absolutamente en la fe; un vértice que debe presidir todavía la pirámide del mundo y del pensamiento.

47

3. El silencio

Más que un radical perfeccionamiento de la razón, lo que separa a Alzate de Fernández de Uribe es una suerte de trastocamiento de las prioridades del conocimiento. Alzate tuvo tiempo, disposición y talento para enumerar las características del chayote a partir del chayote mismo.

³ Jose Patricio Fernández de Uribe, *Sermones de la virgen en sus imágenes del pilar de Zaragoza, y Guadalupe de México, con una disertación de la milagrosa aparición de Guadalupe*, 1821, Madrid, Ibarra, impresor de Cámara de S. M., II: 3-4.

Ariel Rodríguez Kuri

Alzate redescubre las cosas en su inmediatez, y las aborda para su conocimiento. La realidad adquiere sentido en cuanto es cognoscible.

Pero Alzate no necesariamente es el antípoda de Uribe. Se diría, mejor, que Alzate se entretiene en una realidad que Fernández de Uribe omite. Lo contrario puede resultar verdadero: las disquisiciones metafísicas de Fernández de Uribe sobre los milagros de la virgen, que intentan definir un espacio y una práctica ajenos a la razón —a salvo de ella— no lo convierten en antirracionalista.

Alzate mismo ilustra una situación de alguna manera paradójica. Si bien su curiosidad por la naturaleza es polifacética, no por ello deja de creer en la existencia de unos espacios de reflexión donde debe imperar el silencio y la resignación, no la crítica ni la curiosidad:

Por lo que toca a las materias de Estado, desde ahora para siempre protesto un silencio profundo, considerando el que los superiores no pueden ser corregidos por personas particulares.⁴

48 En este silencio autoimpuesto —que Fernández de Uribe rubricaría— no hay necesariamente desinterés o irresponsabilidad por parte de Alzate: algo debe quedar a salvo de la curiosidad, algo inescrutable debe garantizar la seguridad de los hombres, algo en el mundo debe mantenerse alejado de la mirada que interroga.

Fernández de Uribe y Alzate, siendo distintos, comparten la certeza de que existe un punto ciego y mudo que funda y sustenta la estabilidad del mundo; ambos, de distinta manera, reivindican un principio de autoridad.

II. Carlos María de Bustamante (1774-1848)

1. Preguntas

¿Cómo se esboza la imagen de la nación? ¿Cómo se delínean los perfiles de una realidad amorfa, inédita, casi fantasmal? ¿Cómo, por cierto, se

⁴ José Antonio de Alzate, *Obras*, I. Periódicos (estudio introductorio de Roberto Moreno), 1980, México, UNAM, 5.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

trasmite al público la energía emocional necesaria para cimentar un mito fundador (la Independencia nacional) y darle cuerpo y consistencia, realidad y futuro?

Algo que seguramente tiene que ver con estas inquisiciones podemos encontrar en las 19.142 páginas escritas por Carlos María de Bustamante. Porque este prolífico escritor oaxaqueño —cuya propia biografía suena a literatura— fue ante todo un publicista, un intelectual que parece haber asumido con energías sorprendentes la tarea de convertirse en el cronista privilegiado del primer capítulo de la épica nacional. Aún más, si siguiésemos de cerca a D.A. Brading, Bustamante vendría a ser en muchos sentidos el inventor de esa épica, con su constelación de héroes, fechas y lugares santos.⁵

2. Los detalles de la gesta

Los extensos relatos de Carlos María de Bustamante que conforman volúmenes como *Rayón* o *Congreso de Chilpancingo* son, primeramente, una decisión, un ánimo poderoso que busca *nombrar*.

Si se deja de lado la tentación de comprobar la veracidad de los hechos relatados —que es una de las tareas de todo historiador, pero no la única— y se dirigen los esfuerzos a dilucidar las intenciones que dieron pie a las abigarradas crónicas, descubriremos a un autor en busca de la incorporación y vindicación de todo un repertorio humano y geográfico que no podía ni debía quedar fuera:

En aquellos mismos días fue la solemne bendición de las banderas del regimiento provincial [insurgente] de aquella ciudad [Oaxaca], y [...] fuimos padrinos de ellas. En el año siguiente, un joven oficial que las guardó y conservaba después de entrada la tropa española, fue fusilado de orden del general D. Melchor Alvarez. No se habría conducido de este modo otro jefe que hubiera estimado en sus quilates una lealtad tan acendrada. ¡Dichoso joven, que bajó al sepulcro con la gloria que no pudo deturpar la tiranía, gloria que brillará y se hará recomendable cuantas veces se recuerde en las

49

⁵ *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 1980, México, ERA, p. 117.

Ariel Rodríguez Kuri

edades venideras! *Llamábase Dn. José Aguilera*. ¡Lealtad digna de un suizo!⁶

En este pasaje, Bustamante no sólo recuerda sentimentalmente a un mártir de la patria. El fragmento es sobre todo un acto de autorreconocimiento colectivo. Los nombres que Bustamante no se permitió olvidar eran aquellos con los que primeramente se identificaba una sociedad, los que al ser ubicados en villas y ciudades, insinuaban un espacio unificado por el esfuerzo libertario, un ámbito patriótico. Nombrar era entonces para Bustamante una condición esencial de su discurso; con esa acción se inventariaban los materiales físicos, culturales y anímicos disponibles para el siempre problemático apuntalamiento de la conciencia nacional.

La suma de nombres de pila, apellidos y sucesos relevantes iban dando sentido y, sobre todo, consistencia a una historia que recién comenzaba. Bustamante era el tejedor de un sayal cívico; por ello, los detalles eran importantes: otorgaban verosimilitud a su recuento patriótico, eran las fibras entretejidas de la conciencia colectiva. Los detalles de la gesta, pues, abundan:

50

Los sucesos se encadenan de tal modo, que hablando de uno es preciso hablar, aunque por incidencia, de los que dicen relación con él [...] Por un querer del diablo olieron éstos [los insurgentes] que un valenciano tenía un retal de imprenta, y que pedía ochocientos pesos; solicitaron a D. José Robelo, oficial de la imprenta de Arizpe, de quien nadie presumía que fuese adicto a la insurrección, y él se presentó [ante el valenciano] haciéndole postura, y protestando que quería poner su casa con independencia [es decir, su propio negocio].⁷

El trabajo de Bustamante no es exclusivamente un recuento entusiasta y positivo. Hubo, como sería de esperarse, grandes elogios a personajes claves del proceso: Hidalgo, Morelos, Rayón. También, la constancia puntual de las derrotas patrióticas, como Zitácuaro o Puente de Calde-

⁶ Carlos María de Bustamante, *El Congreso de Chilpancingo*, 1958, México, Empresas editoriales, p. 48 (subrayado mío).

⁷ Rayón, 1953, Empresas editoriales, 1953, p. 148-9.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

rón. El revés militar, la muerte de los patriotas, las "malas hembras" contribuyeron también a conformar la cotidianeidad de la historia narrada.⁸

La historia de Bustamante conoce de sucesos relevantes y de personajes cimeros. Por ejemplo, al referirse al establecimiento de la Junta de Zitácuaro, el oaxaqueño puso en boca de un anónimo americano la frase, quizá prematura, "¡ya tenemos gobierno [...] seremos independientes y libres!"⁹

Y sin embargo, de la lectura de Bustamante queda la impresión de que importaban igualmente aquellos acontecimientos que no trascendieron tan visiblemente. Su detenido recuento de hechos menos relevantes y de caudillos y héroes de segundo y tercer plano, otorgan a su obra una eficacia inesperada en la promoción patriótica de la conciencia nacional.

Si la conciencia de un destino común —y por lo tanto de un pasado compartido— es una de las premisas socioculturales de la nación, Bustamante parece haber contribuido a su formación. Y no lo hizo utilizando únicamente las ventajas operativas que se desprendían de la inminencia de un panteón cívico destinado sólo a los consagrados.

Al contrario, en una afortunada concepción de su labor publicitaria, con sus crónicas de la independencia logró transmitir una notable amplitud al sentimiento patriótico: geográfica, social y de acción. Para Bustamante era igualmente rescatable la participación en batalla, la conspiración urbana, la actitud moral de una mujer:

No pocas señoras en los estrados les hicieron amargas reconven-
ciones [a los españoles, por sus actos]. Este sexo lindo, dotado de
mejores cualidades por lo común que los hombres, ama más la
libertad [...] ¡Oh sexo encantador, tu dulce magia, tus inexplicables
artificios, tu mirar hermoso, un solo gesto tuyo hace más conquistas
que cien batallas!¹⁰

La historia patria de Bustamante es una fiesta multitudinaria, a la que todos han sido invitados, y él simplemente agradece su asistencia.

⁸ *Ibid.*, p. 28, 43s., 91s.

⁹ *Ibid.*, p. 23.

¹⁰ *Ibid.*, p. 47.

Ariel Rodríguez Kuri

III. Lorenzo de Zavala (1788-1836)

1. *La precisión*

Lo que en Carlos María de Bustamante parece ser una voluntad promocional que crea la patria nombrándola, en Lorenzo de Zavala se convierte en una vocación analítica, en un cuidadoso seguimiento y ponderación de los hechos —que no de los personajes— de los que fue contemporáneo.

Pudieran ser los juicios o el tono, pero la obra de Zavala rezuma especiales seguridad y precisión. No es la intención decir que haya sido un escritor objetivo, pero sí vale la pena reconocer que en el autor del *Ensayo de la Revolución en México*, la subjetividad partidista y la autojustificación personal parecen diluirse por una muy marcada capacidad de reflexión previa.

Zavala casi siempre se detiene a pensar los adjetivos, los juicios, las moralejas de su obra. En este sentido está igualmente lejos de los malabarismos históricos de un Servando Teresa de Mier, y del escrupuloso inventario patriótico de Bustamante.

52 2. *Los hechos*

La consumación de la independencia nacional es buen ejemplo de su talento de historiador. Es obvio que el personaje central del proceso —Iturbide— no era precisamente santo de su devoción:

¿Quién podría haber pensado jamás que el oficial mexicano que había derramado más sangre de sus conciudadanos para sostener la dependencia y esclavitud de su patria fuese el destinado para ponerse a la cabeza de un gran movimiento que destruyese el poder de los españoles para siempre? ¿Qué se hubiera pensado del que en 1817 hubiese dicho que Iturbide ocuparía el lugar de Morelos o que sustituiría a Mina?¹¹

¹¹ Lorenzo de Zavala, *Páginas escogidas* (estudio introductorio y notas de Fernando Curiel, 1971), México, UNAM, p. 17.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

Y sin embargo, Zavala reconoció los méritos de Iturbide o, más bien enumeró los propios de un líder capaz de terminar con la guerra de independencia. Éste requería "un alma superior"; y una inteligencia a la altura de las circunstancias. Iturbide cumplía cabalmente los requisitos, y el Plan de Iguala resultaría a la postre "una obra maestra de política y saber [ya que] conciliaba todos los intereses, y eleva[ba] a la Nueva España al rango de una nación independiente".¹²

Lorenzo de Zavala estaba convencido de que el ejército trigarante, el Plan de Iguala, la consecución misma de la independencia formal el 27 de septiembre de 1821 fueron el resultado de un compromiso político, del buen aprovechamiento de una coyuntura. Las diferencias de fondo, las verdaderas contradicciones políticas no desaparecieron; sencillamente se pospuso su resolución. La aparición de los partidos iturbidista, borbonista o republicano y su enconada lucha eran la expresión de ese ajuste de cuentas que la coyuntura dilató.

No es de menospreciar la caracterización de Zavala de la consumación de independencia. Historiadores contemporáneos han recuperado la hipótesis del compromiso político que posibilitó la independencia.¹³ Pero hay en Zavala algo más, un contraste dramático entre su talento para evaluar a los hechos y a los hombres.

53

3. *Los hombres*

Lorenzo de Zavala percibió la desesperante realidad de un país donde los protagonistas de la contienda política parecen no estar a la altura de las circunstancias. La intuición de una esquizofrenia colectiva en la élite, la certeza angustiante e ineludible de que el discurso político de sus contemporáneos provocaría la escisión y no la síntesis de la sociedad de su tiempo, resultaron finalmente un peso insoportable para el yucateco:

Hay, pues, un cho que continuo entre las doctrinas que se profesan, las instituciones que se adoptan, los principios que se establecen,

¹² *Ibid.*, p. 18-9.

¹³ Véase Timothy A. Anna, *La caída del gobierno español en la ciudad de México*, tr. de Carlos Valdés, 1981, México, FCE.

Ariel Rodríguez Kuri

y entre los abusos que se santifican, las costumbres que dominan, los derechos semif feudales que se respetan; entre la soberanía nacional, igualdad de derechos políticos, libertad de imprenta, gobierno popular, y entre intervención de la fuerza armada, fueros privilegiados, intolerancia religiosa, y propietarios de inmensos territorios. El colmo del absurdo y la ausencia de todo buen sentido, es la sanción de los fueros y privilegios en un gobierno popular.¹⁴

Zavala experimentó la dramática situación de un médico que conoce la cura del mal mortal que aqueja a su paciente, pero nada puede hacer porque carece de los medios necesarios. Y en muchos sentidos, los medios materiales con los que no contaba Zavala eran sus propios compañeros de viaje. A las grandes tareas del momento no correspondían grandes hombres, hombres providenciales, hombres del destino.

De Lucas Alamán sostuvo, por ejemplo, que carecía de "valor civil [y] militar [...]" y de aquella ambición que va siempre acompañada de grandes virtudes". De José María Bocanegra afirmó que era uno de aquellos hombres "que con poco espíritu y muy medianos conocimientos" había accedido a una posición política de importancia.

54

Nicolás Bravo, a su vez, era un general "de muy pocos alcances y poca capacidad"; de aquella famosa historia según la cual Bravo respondió al fusilamiento de su padre por los españoles con la libertad de 200 realistas, Zavala sostuvo que "era digna de un santo padre de la iglesia [...]" pero [era] falta notable en un general que podía sacar mayores ventajas de los enemigos."

Anastasio Bustamante no salió mejor librado; su calma para tomar decisiones no se sabía si venía "de meditación o de dificultad en comprender". José Antonio Facio era simplemente "un aborto de las disensiones intestinas [...] sin genio, sin talento, sin instrucción". Vicente Guerrero, el prócer, "nada debe al arte y todo a la naturaleza". Santa Anna, "por falta de conocimiento, marcha siempre a los extremos en contradicción consigo mismo". Servando Teresa de Mier debía su notoriedad a "sus padecimientos [...] y [a sus] escritos indigestos". Guadalupe Victoria

¹⁴ Andrés Lira, *Espejo de discordias. La sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán*, México, SEP, 1984, p. 42.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

"nunca dio una grande acción ni sus empresas salieron de la órbita común".¹⁵

En fin, en esta galería de personajes se mueve el germen de la desesperación. Zavala era un desesperado y estaba desesperado. Creía conocer el camino de la verdad y la salvación, y la nación no lo escuchaba. Como nadie puede saber realmente si su vicepresidencia texana correspondió o no a la lógica de su biografía y de su intelecto, mejor digamos que a Zavala no se le agotó el patriotismo: se le agotó *la paciencia*.

Zavala fue un profeta desarmado, un hombre sin la fuerza, los contingentes y el tiempo necesarios. Fue un mesías a medias: supo, pero no pudo.

IV. Lucas Alamán (1792-1853)

I. El historiador

Lucas Alamán se confiesa testigo privilegiado de los hechos que relata. Sin embargo, no confiado a la voluble preeminencia de la subjetividad, despliega ante sí los documentos originales que corroboran su historia y critica sin ambages los folletos y obras previas con la intención de dejar sólidamente sentados los hechos. De las opiniones que esos hechos hicieren florecer, en cambio, "cada uno es libre de tener la suya". Alamán reescribe, con éxito, la historia nacional.¹⁶

La *Historia de Méjico* es un texto que, más allá de las polémicas ideológicas, evidencia la disciplina y el profesionalismo de su autor. Si observamos por ejemplo la muy ágil relación que Alamán estableció entre el cuerpo de su texto y las notas a pie de página —o, en otro sentido, con los apéndices— descubriremos que el oficio, el arte mismo de escribir la historia, fue el salvavidas que mantuvo a flote un discurso que, por definición, no podía ser objetivo.

La solidez de la historia que escribió Alamán es innegable. Ello no radica únicamente en los aspectos metodológicos de su obra. Un ritmo

55

¹⁵ Lorenzo de Zavala, *Páginas escogidas*, p. 157-72.

¹⁶ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, estudio introductorio de Carlos Pereyra, México, Jus, 1942, I: p. 4-8.

Ariel Rodríguez Kuri

pausado, cadencioso, fluído, da el tono inconfundible a su prosa. Escribir 400 páginas que apenas se refieren a dos años de la historia de México (1808-1810), no es cualquier cosa.

Alamán sale airoso por su talento para distribuir los hechos y su cronología de manera que no lastren su narración. Desde el paradigma de una historia obviamente diacrónica, Alamán se maneja exitosamente en la sincronía: termina así capítulos que relatan hechos parciales para, en el siguiente, retomar aspectos cronológicamente anteriores. Ello redundante en una visión más amplia de los acontecimientos, en una historia que por un recurso no meramente estilístico, permite un sutil tránsito de la descripción al análisis.¹⁷

2. La historia como tautología

Para Lucas Alamán ¿qué sentido tuvo escribir una historia de México? En su prólogo, Alamán confesó que se había sentido obligado a escribir esa Historia "por una deuda de justicia que debo a la posteridad". La afirmación, aunque inequívoca, parece insuficiente. En un último párrafo del mismo prólogo, crudamente materialista, Alamán recuerda que:

56

La utilidad de la historia consiste, no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en penetrar el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquellos.¹⁸

Más adelante concluiría que si su obra llegase a ser útil a la nación mexicana o a otra, todo el mérito radicaría en haber mostrado "cómo los errores de los hombres pueden hacer inútiles los más bellos presentes de la naturaleza".¹⁹

Estamos aquí ante una primera evidencia de la concepción que de la historia tuvo Lucas Alamán. La historia la hacen los hombres, sus aciertos

¹⁷ Cfr. capítulos VI y VII, libro primero.

¹⁸ *Ibid.*, p. 9.

¹⁹ *Ibid.*, p. 351.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

y sus errores. La historia es un proceso radicalmente concreto. La causalidad profunda de los acontecimientos no está sino en sus antecedentes y en su propio desarrollo. No existe para Alamán ninguna causa determinante que sea externa a los sucesos acaecidos. La historia se basta a sí misma, es autosuficiente y plenamente cognoscible. Por eso Alamán hizo una historia fundada en documentos, en testimonios --propios o ajenos--, en estadísticas: la historia se explica a sí misma y desde sí misma.

3. El error inaugural: la didáctica de la historia

La coherencia interna de la obra de Alamán está sustentada en su concepción de la historia. Él analiza los sucesos a la luz de sus circunstancias y protagonistas; demuestra asimismo la valía de los hombres en situaciones límite y pondera el papel de las ideas en el seno de la sociedad novohispana, todo ello en la conciencia de que lo sucedido es lo que los hombres hicieron o dejaron de hacer, y nada más.

Es esta concepción de Alamán la que nos lleva de la mano a su punto de vista, por demás polémico, de que a partir de septiembre de 1810, con el Grito de Dolores, la historia de México se convirtió en la historia de un error incalculable —y no de una fatalidad del destino. El historiador guanajuatense dirá que resulta inconcebible el hecho de que la República

57

haya escogido para su fiesta nacional el aniversario de un día que vio cometer tantos crímenes, y que date el principio de su existencia como nación de una revolución que proclamando una superchería, empleó para su ejecución unos medios que reprueba la religión, la moral fundada en ella, la buena fe base de la sociedad, y las leyes que establecen las relaciones necesarias de los individuos en toda asociación política.

Nos encontramos pues ante un malentendido. Un capítulo plenamente prescindible de la historia se ha constituido en el punto de partida de la nacionalidad:

El Congreso ha consagrado, con la solemnidad de la función del 16 de septiembre, la infracción de estos principios, ha presentado

Ariel Rodríguez Kuri

a la nación como modelo plausible, lo que no debe ser sino objeto de horror y reprobación, y ofreciendo como heroicidad el ejemplar de esta revolución, ha abierto la puerta y estimulado a que se sigan tantas y tantas de la misma naturaleza, que con ellas se ha llegado al punto de extinguir toda idea de honor, de probidad y de obediencia, haciendo imposible la existencia de ningún gobierno, ni el ejercicio de ninguna autoridad.²⁰

No estamos únicamente ante una crítica moralizante de los acontecimientos. La actitud de Alamán ante la insurrección de Hidalgo es —literalmente— otra manera de ver la historia, de entender sus continuidades y de establecer sus prioridades.

La *Historia de Méjico* de Alamán está marcada por una crónica magistral: la toma de Guanajuato por los ejércitos de Miguel Hidalgo. Para Lucas Alamán, tal suceso representó una vivencia dramática e inolvidable, y a la larga se convirtió en una especie de convicción intelectual, incrustada para siempre en su alma.

58 Guanajuato es una síntesis, un ejemplo, en el sentido didáctico del término. Guanajuato es el camino que toma a veces la historia, esta vez a la manera de una caótica irrupción de los indios del Bajío en una ciudad que, a juicio de Alamán y para colmo de males, era con Veracruz la única del virreinato donde la pugna entre peninsulares y criollos no tenía la intensidad que había adquirido en otras partes de la Nueva España.

Alrededor de Guanajuato gira todo aquello que Alamán no concibe ni perdona. La bandera guadalupana de Hidalgo fue calificada por nuestro autor como una "reunión monstruosa de la religión con el asesinato". Los indios arrastrando las alfombras y los cortinajes de las casonas, sin saber apreciar su valor real, demostrarían, para Alamán, el verdadero valor de la estabilidad política y justificaría, para siempre, su visión de la política como ejercicio de las élites.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 181 y 351.

²¹ *Ibid.*, p. 397.

CUATRO INTELECTUALES MEXICANOS

4. Historia y religión

Un lugar común no es necesariamente falso. Llamar la atención sobre el hecho incuestionable de que Lucas Alamán funda la historia patria en una tradición y no en una epopeya, es reconocer lo específico de su razonamiento histórico. Para Alamán la historia de México tenía sentido en la medida que quedase inscrita en una continuidad de las formas culturales y políticas que arrancaba con la Conquista y que llegaba hasta sus días.

A Lucas Alamán no le interesó una modernidad ajena —valga la paradoja— a la tradición hispánica; demandó una síntesis político religiosa, donde el catolicismo fuese el ingrediente cohesionador indiscutible de la sociedad toda.

Por ello, al analizar la revolución de independencia, se muestra sorprendido de lo que para él es una inconsecuencia profunda de los criollos, que se empeñaban en autodefinirse como herederos del pasado prehispánico, pues la Independencia, por cierto, no se propuso jamás "reponerles [a los indígenas] en sus derechos usurpados por la Conquista". Al contrario, la Independencia la promovieron

Los descendientes de los conquistadores que no tenían otros derechos que los que les había dado esa misma conquista, contra la cual han declamado con una especie de frenesí imposible de explicar, como si fuesen los herederos de los pueblos conquistados y estuviesen en la obligación de vengar sus agravios.²²

59

Hay un probable malentendido en esta caracterización de Alamán de la historia y la política. Alamán pudo ser —como tanto se ha repetido— un católico convencido y un enamorado de la herencia cultural española. Pero tal afirmación no debe llevarnos a malinterpretar su pensamiento histórico y político. Alamán está mucho más cerca de la *real politik* que de un conservadurismo ultramontano sin contacto con la realidad. Aún más, no es atrevido decir que Alamán fue un católico que pensó la historia desde una perspectiva extraordinariamente secularizada. Al menos en lo que toca a su *Historia* pareciera evidente que su reconstruc-

²² *Ibid.*, p. 250.

Ariel Rodríguez Kuri

ción de los hechos no tuvo nada que ver con providencialismos ni teleologías. La suya es una historia laica que reivindica la religión, pero que la reivindica, al margen de otra consideración, a partir de la funcionalidad que él le atribuye. No parece aventurado asegurar que a Lucas Alamán le importaba menos el contenido intrínseco de la religión católica, que su eficacia como elemento de unidad y cohesión social.

Sus reiteradas quejas contra lo que llamó "lo físico y lo positivo" del siglo XIX fueron, en todo caso, una constatación de lo que a su juicio había sido el peor pecado de la revolución de independencia: el sacrificio "de aquellos principios que fueron antes el cimiento de la sociedad, y que han venido a quedar reducidos a vanos e insignificantes nombres".²³

5. *Historia de hombres, historia imposible*

En una nota a pie de página, Alamán despachó de un plumazo el asunto del Pípila: éste no existió, fue una invención de Carlos María de Bustamante. El héroe popular, casi anónimo, no tiene cabida en su historia, donde prácticamente no hay héroes. En realidad poco importa si el Pípila fue un personaje real o no. El asunto es que la historia patria se bifurca con ese pretexto.

Lucas Alamán sostuvo, en alguna parte, que la posteridad llegó finalmente para todos —hasta para el Pípila, que tal vez no existió, y cuya anécdota heroica ha educado (para bien o para mal) a muchas generaciones de niños mexicanos. De esos contrasentidos, con esas vaguedades e indefiniciones, se hace también la historia.

Esto no pudo haberlo comprendido el autor. Su visión es abusivamente armónica, coherente, precisa. A pesar de haber escrito una historia actuada exclusivamente por los hombres, Alamán no dejó ningún espacio para el acaso, el absurdo o la desmesura. En el libreto de su historia, otorgó los papeles una vez y para siempre. Los hombres, los grupos, las clases tenían su lugar, y a él debían atenerse. ¿Será?

²³ *Ibid.*, p. 352.